

camente concedida por el cielo á quienes les concede también la seguridad completa de cumplir un destino humanitario y de hallar un premio eterno en la conciencia universal, realzan por tanto modo á Colón que los días aquellos de injustos padecimientos hanle quizás granjeado su corona mayor y válidole para su incontestada inmortalidad. Así es el mundo. San Juan ha traído al Cristianismo toda su metafísica; San Pablo una gran parte de su alta moral; ha escrito el uno aquellos capítulos de su Evangelio dictados por el Verbo divino, y ha escrito el otro aquellas epístolas en cuyos pensamientos la Sinagoga se agranda y universaliza de modo que llega hasta subir á universal Iglesia; pero como ni uno ni otro han pronunciado el sermón de la montaña; como ni uno ni otro, á pesar de perseguido el primero y mártir el segundo, han muerto cual muriera Cristo, en las circunstancias que rodean á la cruz del Calvario, no han obtenido el culto que nuestro sublime Redentor. Platón y Aristóteles forman las dos fases del humano espíritu, y, sin embargo, no alcanzan tampoco el culto que la humanidad ha prestado á Sócrates, pues si han tenido una ciencia mayor, no han tenido una muerte tan ejemplar y santa como la del divino filósofo que bebió la cicuta. ¿Cuánta parte ha tenido Bobadilla en que haya quedado Colón, entre tantos descubridores insignes é inmortales de su tiempo, como el revelador sobrehumano del globo á toda la humanidad y á toda la Historia?

---

## CAPÍTULO XII

---

### CUARTO VIAJE

**C**OLÓN apenas podía dar crédito á la evidencia cuando tornaba prisionero, después de haber venido triunfador. Las palabras de Isaías, prometiendo un ministerio capital á España, y los versos del Apocalipsis indicándole á él una misión divina, sonábanle como ideas reveladas por los cielos mismos al oído interior del espíritu. Conocía que se hallaba consumado su descrédito y que la opinión iba, en su concurso inconsciente, á la calumnia, convirtiendo las Iglesias por él erigidas, en espeluncas de ladrones, é imputándoles proyectos tan insensatos como el de robar para sí las Indias y alzarse con su imperio, cual si desconociesen su ciencia y su experiencia personales. ¡Cuán poco podía intentar y menos cumplir sin el poderoso auxilio de un verdadero Estado! Atribulábase mucho; pero si, á consecuencia de sus tribulaciones, caía en dudas la razón y en desmayos la voluntad, rehacíase con una poderosa reacción sobre sí

mismo, recordando los trances varios, donde se había encontrado en peligro de perecer sin detrimento ninguno; poniendo su confianza en Dios, que le había dado fuerzas para insistir en su intensa y perdurable brega con las supersticiones del hombre y con las fatalidades del destino. Su carta inmortal á la ilustre protectora suya, nodriza ó ama ó maestra del príncipe D. Juan, quedará eternamente como uno de los escritos más capitales de la Historia Universal. El 25 de Noviembre, año 1500, fondearon en Cadiz las carabelas que conducían á Colón, é inmediatamente mandó éste un correo á Granada, donde residían entonces los reyes, informándoles de lo sucedido. Pasóles á Fernando é Isabel con Bobadilla, en este caso y ocasión lo mismo que le pasa por ley de costumbre al juez con el verdugo, ejecutor de sus sentencias: créelo necesario á su oficio, pero no cambia con él un saludo, ni le tiende jamás la mano. Bobadilla cumplió las instrucciones que llevaba de destituir y reemplazar á Colón, pero las cumplió brutalmente. Los efectos de su brutalidad se vieron en la explosión del sentimiento nacional, que, muy apartado del descubridor por aquellos días, volvió á colmarle de aplausos y á tenderle palmas por su camino, según hizo á la vuelta de su primer viaje, y á la ida, desde las orillas del Guadalquivir á Barcelona. La corte adhirió su juicio propio al juicio público. Los Reyes maldijeron el proceder de Bobadilla y abrogaron todas las disposiciones arbitrarias por él tomadas contra las pertenencias del descubridor. Encaminóse libérrimo éste á Granada, rotos los hierros, que forjara el exceso de celo, por manos del

pueblo mismo, antes que los rompiera el mandato superior de la realeza. Fonseca tuvo que dar al cautivo dos mil ducados, que le libraba la Reina, para en parte resarcirlo de tantos perjuicios y ayudarle á su presentación en la corte con la pompa correspondiente á su cargo. Descansó Colón; aderezóse y aderezó á sus hermanos, cual por mil razones les cumplía, y partiéronse á Granada.

Los espacios donde habían radicado aquellos lugares, en que firmó sus capitulaciones; la torre, sobre cuya cumbre ondeara el pabellón de la Cruz, rematando el trabajo nacional de siete siglos; los alicatados patios de alharacas y encajes en que cantan los surtidores y huelen los azahares; aquellas orientales salas, que atestiguaban la gloria y el poder de tan excelsos Monarcas, debieron taladrar sus sienes y su pecho con la sugestión de grandes emociones, nacidas del recuerdo y análogas, en su misma oposición á ellas, con las emociones despertadas por la continua surrección de islas entre los dos costados de su creadora nave. Pero cuando vió á la Reina con los signos de inenarrables dolores en el rostro, ya demudado, y las sombras de su próxima muerte sobre la cabeza, ya inclinada bajo la pesadumbre de sus recientes irreparables infortunios, las compuertas con que había contenido Colón su pena se abrieron de par en par, y una catarata de lágrimas y una tormenta de sollozos resonó en aquellas multicolores paredes, en que había incrustado la palabra felicidad una dinastía destinada por el cielo á llorar tantas infelicidades. La Reina lloró al llanto del amigo mártir, viendo en espíritu los muertos que la rodeaban de penas

indecibles y el abismo de la eternidad que la requería con sus reclamos incontrastables. Aunque frío Fernando en aquella emoción general, y mudo cuando todos profesaban sentidas exclamaciones, y seco cuando todos lloraban, como encarnación del ejemplar de un príncipe á lo Maquiavelo, conoció cuán difícil le sería ir allende lo ya ido, y vuelto Colón de un gobierno, al cual se proponía no permitirle volver jamás, decidió aprovecharlo para lo que servía, para nuevas expediciones, y romper el instrumento ya inservible con lo que había descujado de su poderoso virreinato, romper los poderes de Bobadilla, esgrimidos por éste con deseo sincero de acierto, pero también con terribles exageraciones y patentísima torpeza.

Convenía tanto más esto á Fernando, impulsor soberano de todo lo hecho en la Española con Colón, cuanto que las invenciones portuguesas en Africa y Asia le traían á mal traer, despertándole celos y recelos respecto de Portugal, quien podía trocarse con tales grandezas en enemigo tan amenazador de nuestra España sobre los mares como lo era Francia entonces sobre los Pirineos. Á mayor abundamiento, por aquellos días acababan de regresar Bastidas, Ojeda, el menor de los Pinzones, tan glorioso como su hermano mayor, de largos viajes, trayendo noticias que le movían al propósito de reconciliarse y entenderse con el revelador de la tierra por excelencia. Pero Colón era un Virrey por derecho propio, un Virrey vitalicio, amén de un Almirante, con el derecho enorme de mandar y transmitir este cargo último en herencia y vínculo á sus sucesores, cosa que desatinaba por completo

al fundador ilustre de la unidad del poder y del Estado. Fernando pagaba bien caramente aquel escepticismo conatural á su naturaleza de calculador y frío político. La facilidad, con que había en Santa Fe cedido á todo lo demandado por Colón, demuestra como no creía en la existencia del Nuevo Mundo y del nuevo camino, esperados por su alucinada é intuitiva mujer, aunque se lo jurasen frailes franciscos. De saber á ciencia cierta la realidad efectiva del ensueño forjado por Colón y admitido como posible y aun fácil por la Reina, ¡oh! atara corto al sonámbulo, y sin regatearle cuantos provechos áureos reclamara su irremediable codicia, le rehusara el virreinato personal perpetuo sobre los dominios que debían pertenecer en su integridad á la corona. Pero no tenía remedio, y sin ánimo de satisfacer jamás al monarca ultramarino, y menos permitirle allende una dinastía en competencia con la dinastía de aquende, se propuso entretener al profeta y darle cuerda para cumplir otra nueva profecía, si tiraba, como iba Colón asegurando por todas partes, á encontrar en las costas recién invenidas sobre la tierra de Paria, un estrecho, cuyos canales abriesen derroteros más breves que los portugueses por el Cabo de Buena Esperanza, y se granjeasen riquezas iguales á las que ponían como un ascua de oro la espléndida Lisboa de don Manuel I el Grande.

¶ Pero Colón, más tenaz y testarudo que su Señor y Monarca, el porfiadísimo aragonés, pleiteaba como un litigante impertinente por sus privilegios, dignidades, mayorazgos, vínculos, lucros, participaciones, cargas de

justicia, juro y maravedises, rentas, sin empacharle cosa las encomiendas y repartos de las cabezas de indios, consideradas por él cabezas de ganado, como un mercader cualquiera vulgar, al mismo tiempo que pulsaba el arpa de David y evocaba el estro de Isafas, prometiendo en libros proféticos, trazados entre pedimento y pedimento de importuno pedigüeño, correr á una cruzada para el rescate de Jerusalén, la cual ¡oh! le permitiese beber los manantiales del Cedrón, asentarse sobre la piedra donde Cristo habló con la Samaritana, subir al Tabor, arrastrar las rodillas bajo los olivos del Huerto en que rechazara el Salvador cáliz como los apurados por él tantas veces; macerarse con cilicios junto al sitio de las caídas, bajo el madero de la Cruz; envolverse con las cenizas de anticipada sepultura en la cumbre del Calvario; ver el estrecho Valle de Josafat antes del Juicio Final, tanto más cuanto que la tierra por él agrandada, y los mares, y los cielos por él renovados iban muy pronto á concluirse, pues cumplidas todas las profecías y consumado todo ya, no le quedaba otro fin al Universo que derretirse por completo en los choques entre las estrellas desprendidas de su centro y disiparse como el humo de un holocausto en la presencia y seno del Criador. Los Reyes Católicos vinieron en autorizar á Colón para otro viaje; pero jamás pensaron en devolverle, jamás, ni el poder, ni el gobierno, ejercidos en la Española, según su sentir, por modo lamentable. Distinguían con claridad las facultades casi divinas del piloto, como explorador de mares y como vidente de idealidades, las distinguían del otro lado de su espíritu y

de las otras facultades que hubieran completado aquéllas; y no lo estimaban administrador, ni político. Así, por Febrero del año 1502, aunque destituyeran á Bobadilla, lo reemplazaron inmediatamente con Ovando. Y hecho tal nombramiento, expedida la escuadra conductora del nuevo gobernador, cuatro meses más tarde, por Mayo, soltaron á Colón en la inmensidad adivinada por las intuiciones, y reconocidas por los esfuerzos de éste, para que les trajese aquel prometido estrecho, por cuyos senos se podría navegar hasta las Indias Orientales y oponer un seguro contraste á la prepotencia lusitana. Una de las mayores suspicacias del cauto y precavido Fernando se derivaba del empeño puesto por Colón en magnificar á la propia familia, familia extranjera en último término, que recibía privilegios y lucros como los granjeados por Diego y Bartolomé, al par que vínculos y mayorazgos y heredamientos como los prometidos y legados en sus ordenanzas testamentarias por Colón al primogénito y al bastardo, sus herederos directos. Un observador perspicaz viera que acompañaban á Colón en este cuarto viaje Bartolomé, aunque mal de su grado, y Fernando, el muchacho habido de ganancia en Córdoba. Mas no le acompañaba Diego, quizás por disminuir el número de los príncipes aquellos, muy sospechosos al enemigo de todo fraccionamiento feudal; y no le acompañaba el primogénito, el heredero de sus dignidades y prerrogativas, acaso por no dar títulos mayores á las poco meditadas concesiones de almirantazgos perdurables.

La escala de Santo Domingo se imponía en el nuevo

requerimiento de Paria y en el viaje por los mares de las Antillas y por los mares de los caribes. Arribó Colón, pues, á la desembocadura del Hozama, y pidió permiso para el desembarque, negado al que podíamos llamar autor de la isla por Ovando, so pretexto del número de sus enemigos allí reunidos para volverse á España inmediatamente, muy capaces todos de jugar al viejo Virrey una mala partida y de perturbar así con tales entuertos la no bien curada colonia. Pero Colón, avizorísimo, á fuer de buen nauta, y largo en comunicar lo avizado por su penetrante mirada oceánica, respondió cómo su demanda de puerto en aquellos instantes obedecía por necesidad al temor de próximas tormentas, y cómo aconsejaba no expedir los barcos aparejados á zarpar; pues, aunque iban en ellos sus enemigos, debía, como caso de conciencia, católico y humano, para descargo de su corazón, en Dios y en su alma, decirles que corrían peligro cierto de irremediable naufragio. Desoyeron los advertidos la providencial advertencia y naufragaron á la vista casi del puerto. Como en la escuadra fueran el comendador Bobadilla con el rebelde Roldán, y se ahogaran, salvándose tan sólo mísero esquife, donde remitía el nuevo Gobernador á España la fortuna de Colón, atribuyeron las gentes el bien de uno solo y el mal de todos los demás á hechicerías y maleficios compuestos por el marino, sin comprender cómo el cumplimiento de su anuncio nacía y brotaba, no del hechizo y embrujamiento imposibles, de ciencia con sus trabajos adquirida y de intuiciones connaturales al genio. Así Colón pasó la sacudida correspondiente con zo-

zobras, pero sin daño, en virtud natural de su nativa superioridad y de su adquirida competencia. Continuó, tras estas detenciones, su viaje, y en Julio bautizó la isla de Guanaja, descubierta frente á Honduras, con el nombre de Pinos, por los muchos encontrados en zonas tales. Navegando por allí, tropezó un día con grande y bien dispuesta canoa. Tripulábanla varios jóvenes de gratísimo aspecto, y parecía venida desde muy lejos y hecha de suyo á marear en espacios amplios y con derroteros largos. Lo cierto es que iban muy compuestos y aderezados los tripulantes, conduciendo consigo productos de algún más valor que las baratijas halladas en otros encuentros, y telas de algodón tejidas con mayor arte y bordadas con mayor esmero que las anteriormente descubiertas en las innumerables islas exploradas. No pudo saberse á ciencia cierta ni de dónde venían aquellos hombres, ni á dónde iban, por el impedimento de su lenguaje indio; pero sobran motivos para creer que, de oírlos Colón, topara con tierra de Méjico, extendiendo así al pie de la Monarquía española un áureo imperio, bastante por sí solo á compensar aquella continua disipación de la siempre desvanecida India oriental, y á traer, con la gloria consiguiente á tan milagrosas invenciones, un provecho en vano requerido del Nuevo Mundo hasta entonces. Pero Colón, puesto por sus estudios en la pista de los recuerdos medioevales, cuya transmisión secular iba trastrocando las poéticas consejas, como siempre que algo pasa de labio en labio y de siglo en siglo, estaba cada día más emperrado en la busca del áureo Quersoneso, y más ansioso de sorprender